

Editorial

¿Un psicoanálisis traslacional?

(Rev APSAN 2021,1(2): 5-6)

Alberto Botto

Si existiera algo así como una antología de epígrafes raros –raros no por el contenido de su enunciado, sino por la extraña luz con que iluminan el texto que preceden– indudablemente, el que Jacques Lacan escogió para dar inicio a “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” ocuparía un primerísimo lugar. Allí se señala que en la naturaleza no existe una separación en materias tales como la embriología, la anatomía, la fisiología o la psicología; por el contrario, no habría más que una sola disciplina: la *neurobiología humana*. A primera vista no hay nada enigmático en esta afirmación; ella pone de relieve la importancia de distinguir, al momento de abordar aquella realidad que llamamos *naturaleza*, un enfoque ontológico y otro epistemológico. Sin embargo, si intentamos encontrar un sentido más o menos claro a su relación con el texto que le sigue (y, ya lo sabemos, con Lacan no hay que descuidarse en ningún momento), el asunto se torna bastante más complejo.

Lo que sí sabemos es que el estudio de la neurobiología fue uno de los primeros intereses del joven Freud quien, bajo la tutela de Brücke, se inició en el campo de las incipientes neurociencias a través del análisis de las neuronas del cangrejo y de la médula espinal de un tipo de pez primitivo. De esta manera formuló todo un esquema conceptual en el famoso *Proyecto de Psicología* de 1895, cuyo propósito era, precisamente, desarrollar una psicología de ciencia natural donde los procesos psíquicos pudieran ser derivados de elementos materiales plenamente medibles y comprobables. Sin embargo, tuvieron que pasar varias décadas hasta que Erick Kandel (distinguido con el premio nobel de Fisiología o Medicina el año 2000) demostrara, en una serie de innovadores experimentos con el caracol marino *aplysia californica*, cómo las conexiones sinápticas pueden ser modificadas por la regulación de la expresión génica a través del aprendizaje promovido por estímulos ambientales. De esta manera, desarrolló una serie de postulados agrupados en lo que denominó “un nuevo marco conceptual para la psiquiatría”. Según Kandel, dado que la psicoterapia es efectiva y produce cambios conductuales perdurables es probable que, tal como ocurre con el aprendizaje, ocasione cambios en la expresión génica que modifiquen las conexiones sinápticas y la estructura cerebral. Hoy sabemos que el ambiente interactúa con el genoma en el origen de las enfermedades mentales y que esta interacción depende de mecanismos epigenéticos, los cuales pueden servir como un “puente molecular” entre la biología (expresión génica, síntesis de proteínas) y el ambiente (crianza, relaciones intersubjetivas, vínculos de apego). Asimismo, la experiencia subjetiva puede actuar como un mediador entre el

efecto del ambiente y los procesos moleculares que determinan la expresión de ciertos genes por lo que, en consecuencia, es posible sostener que dichos cambios dependen de modificaciones epigenéticas (Jimenez et al., 2018).

En el ámbito de los estudios biomédicos tradicionalmente se han distinguido dos grandes campos: la investigación básica (relacionada con los mecanismos etiopatogénicos de la enfermedad) y la investigación clínica (relacionada con las manifestaciones de la enfermedad, su curso y su tratamiento). En términos simples, la investigación *traslacional* pretende, justamente, *trasladar* los hallazgos de la investigación básica a la práctica clínica. Ahora bien ¿qué interés puede tener este enfoque para el psicoanálisis? Si nos atenemos a su historia, resulta evidente que, desde sus orígenes, el movimiento psicoanalítico albergó este afán integrador. En ese sentido podríamos aventurar que aseveraciones como que “el psicoanálisis puede entenderse como una rama altamente especializada de la biología humana” (Taylor, 2009) o que “la psicoterapia puede ser considerada como una droga epigenética” (Stahl, 2012) probablemente serían hoy suscritas por Freud sin grandes reparos. De esta manera podríamos plantear, entonces, que desde sus orígenes el psicoanálisis surgió como una disciplina *traslacional*. Y del mismo modo sería posible comprender el sentido del epígrafe del texto de Lacan.

Sin embargo, hay un aspecto que para cualquier clínico resulta evidente: en su quehacer cotidiano, ningún terapeuta le habla a un cerebro ni menos a una red de neuronas, lo cual significa que, aunque se busque la integración, la práctica clínica psicoterapéutica ocurre, invariablemente, en un nivel de significados (y todo lo que esto implica desde el punto de vista de la subjetividad) que no se pueden reducir ni trasladar de golpe a un plano puramente biológico. A eso apunta, me parece, la caracterización en el mencionado epígrafe de la *neurobiología* como *humana*. La neurobiología humana es, en definitiva, la vida humana; y así como el cuerpo biológico (en alemán *körper*) no es lo mismo que la corporalidad del cuerpo vivido (*leib*), la vida humana no es solo un hecho natural, vida biológica (*leben*). Es también experiencia, vivencia (*erleben*). Esto es: una vida vivida. Son, por decirlo así, modalidades de la experiencia que, aunque integradas, resultan ser, al mismo tiempo, irreductibles.

Referencias

- Jimenez JP, Botto A, Herrera L, et al. (2018) Psychotherapy and Genetic Neuroscience: An Emerging Dialog. *Front Genet* 9: 257.
- Stahl SM (2012) Psychotherapy as an epigenetic ‘drug’: psychiatric therapeutics target symptoms linked to malfunctioning brain circuits with psychotherapy as well as with drugs. *Journal of clinical pharmacy and therapeutics* 37(3): 249-253.
- Taylor D (2009) Consenting to be robbed so as not to be murdered. *Psychoanalytic Psychotherapy* 23(3): 263-275.